

# EL DISCURSO RACIAL EN LA CONSTRUCCIÓN DE LA IDENTIDAD COLONIAL EN LA HISTORIOGRAFÍA POSITIVISTA VENEZOLANA

Manuel Hernández González<sup>1</sup>  
Universidad de La Laguna

## 1. El precedente de Baralt

A diferencia de los historiadores posteriores, imbuidos de determinismo geográfico y racial, Baralt interpretó la realidad social colonial en su *Resumen de la Historia de Venezuela* con criterios estrictamente ilustrados. Aun así sus planteamientos sobre la influencia del medio y las costumbres fueron después incorporados por la historiografía positivista posterior. Nada visceral en las pasiones independentistas, a pesar de haber participado en la Guerra y de exiliarse con sus padres en Santo Domingo, su análisis se fundamenta en criterios socio-económicos<sup>2</sup>. Se ha dicho falsamente que estaba imbuido de una concepción anti-española que derivaba de su odio a la metrópoli y que llevaba a considerar a las rebeliones contra la Compañía como génesis de la emancipación. Quién observe su trayectoria personal abandonaría de antemano tal juicio a priori nacido de la ignorancia. Se sintió español hasta el punto de residir muchos años en ese país y servirle como diplomático. En su primer tomo dedica un apartado a la formación del carácter nacional durante la colonia. Para él las costumbres nacen de hechos físicos y morales. El carácter distintivo de un pueblo es su conjunción. La costumbre modifica las leyes primitivas y al mismo tiempo se opone a las nuevas. En esa batalla o ésta se pliega a la ley o a la inversa. Su discurso está todavía imbuido del pensamiento ilustrado. La sociedad española transplantada a América era para él esencialmente la misma, pese a lo que los criollos apenas se acordaban de su origen. ¿Cuál era la causa de ese despego que convertía a “la América en un gran pueblo sin tradiciones, sin vínculos filiales, sin apego a los mayores, obediente sólo por hábito e impotencia”? Nació, para él, de la incomunicación casi absoluta que la colonia estuvo con el mundo y aún con la metrópoli. Ese escaso contacto preservó al mismo tiempo las costumbres sin mezclas extranjeras. Mas “la perfecta analogía entre los sentimientos y las opiniones no pueden crearse sino por medio de un comercio constante de ideas e intereses”. Imbuido por el pensamiento ilustrado y el liberalismo económico entiende que esa ausencia de tráfico y la falta de instrucción general fueron determinantes. Si fueron olvidados los recuerdos de la Madre Patria, otro tanto ocurrió con los

<sup>1</sup> Universidad de La Laguna. Profesor Titular de Historia de América. mvhdez@ull.es

<sup>2</sup> Seguimos la edición de Curaçao de 1887. Tomo I, pp.391-392.

indígenas que “pasaron sin dejar huella de su existencia”. Por todo ello “ninguna tradición americana remonta más de un siglo y los indígenas, aunque conservaron su idioma y su carácter nacional, perdieron con la introducción del cristianismo, el régimen de las misiones y otras circunstancias sus recuerdos históricos y religiosos”. Los colonos europeos no tuvieron relaciones con los conquistados. Tutelados y despreciados, continuaron “siendo extranjeros para la nueva sociedad”. De ella se deriva, pues, un Venezuela conformada “de criollos indolentes, de indios embrutecidos y de otras clases, cuyos únicos recuerdos se ligaban a una cadena de sufrimientos a la servidumbre”<sup>3</sup>.

Pero en su discurso es notable la influencia de la geografía<sup>4</sup>. El medio es el que conforma la costumbre. Por ello los llaneros por su clima abrasador y las inundaciones del terreno “eran y son aún tártaras y árabes más que americanas o europeas”. Acostumbrados a la necesidad constante y el uso de la fuerza, “tres sentimientos principales dominan en su carácter: desprecio por los hombres que no pueden entregarse a los mismos ejercicios y método de vida, superstición y desconfianza”. Su única patria es la llanura, un amor ardiente por la libertad y por la vida errante<sup>5</sup>. Ese determinismo geográfico explicaría que en los llanos el influjo de la autoridad y la ley fuera casi nulo. En el llanero “descubrimos los vicios y virtudes de estado natural”. Como contraste, en las montañas y la costa, el pueblo, modificado por la legislación, el clima y las producciones “presentaba en su indolencia y apatía los caracteres de la servidumbre”<sup>6</sup>.

En su discurso, hijo de la Ilustración y del liberalismo económico, la conjunción de todos esos factores dieron pie a la sociedad criolla venezolana. En ella “las clases envilecidas” siguen reproduciendo tales caracteres en sí mismas, sólo diferenciadas por sus diferentes grados de opresión: “el esclavo africano que labraba la tierra no tenía propiamente otra costumbre que la de trabajar y sufrir”, que liberaban cuando cesaba su duro trabajo con la eclosión de la música y la danza para dulcificar esa amargura. Otro tanto ocurría con el indio reducido o el pardo libre, “menos embrutecido que él, menos oprimido que el esclavo, pero vejado también por la opinión y las leyes”. Poco importaba que éstas fueran más generosas con el criollo, ya que “la más elevada era con pocas excepciones ignorante y vanidosa”. Faltaba la libertad “y sin ella, la virtud, rara y oscura, se asemeja a los fuegos pasajeros y sin calor que se levantan del suelo de las sepulturas”<sup>7</sup>. La conjunción de todos esos factores: costumbre, medio y legislación constituye para Baralt la forja de la sociedad colonial. Su discurso, hijo de la superioridad moral y económica del capitalismo, no se elabora todavía sobre los presupuestos raciales del positivismo posterior.

## 2. La irrupción del positivismo. La interpretación de Arístides Rojas

El positivismo irrumpe en Iberoamérica como una doctrina importada para servir directamente a un grupo político o para ser instrumentalizada por la elite social para imponer su hegemonía. No era una doctrina nueva que llegó al continente para servir de estudio, sino para ser ejercitada por las elites con una estrecha ligazón entre filosofía y praxis política. Como ideal estará en el Nuevo Mundo ligado a los proyectos políticos de las clases y los grupos de presión que lo convirtieron en su soporte ideológico. Los intelectuales que proyectaron tales concepciones en sus

---

<sup>3</sup> *Op. cit.*, Tomo I, pp. 433-436.

<sup>4</sup> Para él las producciones del suelo y la naturaleza de las plantas alimenticias tienen “un influjo notable”.

<sup>5</sup> *Op. cit.*, Tomo I, pp. 437-439.

<sup>6</sup> *Op. cit.*, Tomo I, pp. 439-440.

<sup>7</sup> *Op. cit.*, Tomo I, pp. 440.

estudios sirvieron a esa política. Elaboraron un cuerpo doctrinal con una clara intencionalidad práctica, la de ser fundamento de la política de los grupos dirigentes de la sociedad<sup>8</sup>. Venezuela es un claro ejemplo de todo ello. Con la llegada al poder de Guzmán Blanco se asiste al profundo impacto del positivismo entre las elites venezolanas. Durante los 60 y los 70 se introduce a través del científico alemán Adolfo Ernst, profesor de Historia Natural en la Universidad Central de Venezuela. Rafael Villavicencio, Arístides Rojas y Vicente Marcano dan pie a esa escuela que presta especial interés a tales cuestiones. Sus escritos atraen a las nuevas generaciones a la lectura de pensadores como Comte, Darwin, Saint-Simon, Taine, Lebon o Spencer. El evolucionismo se impone en el pensamiento socio-político y científico. La debilidad de la Iglesia hace que fuera escasamente cuestionado. En buena medida todos los historiadores del último tercio del siglo XIX y de las primeras décadas del XX son deudores de esta escuela, desde Gil Fortoul hasta el mismo Vallenilla Lanz.<sup>9</sup>

Pese al carácter crítico hacia los tópicos racistas más vociferantes, los pensadores venezolanos son esencialmente deterministas. Un investigador norteamericano ha denominado a Venezuela desde ese punto de vista como un país con café con leche, aplicando una caracterización de 1944 de Andrés Eloy Blanco<sup>10</sup>. Arístides Rojas, de origen dominicano, fue el ideólogo e historiador por antonomasia en esa etapa. Defendió en su obra su convicción de que la civilización en Venezuela era obra de una nueva cultura en directo y progresivo cambio desde la sociedad de conquistadores e indígenas hacia una metamorfosis. Minimiza la aportación negra, que limita a los Valles costeros de Aragua y el Tuy. Fuera de esa región los descendientes de los antiguos esclavos se mezclaron con otros venezolanos desapareciendo todo signo de distinción como grupo racial. Dejaron algunos elementos folclóricos, pero ninguna huella como tales en la sociedad nacional. Su idea de Rojas era considerarlos un anacrónico segmento de una sociedad modernizada. No entiende que su restringida presencia afectaría negativamente al carácter de las nuevas generaciones<sup>11</sup>.

Desde esa perspectiva se explica el carácter prevalente de lo vasco en la modernización de la Venezuela colonial. El determinismo de la raza es el agente del progreso social. Nada más esclarecedor al respecto sobre sus juicios que su opúsculo *El elemento vasco en la Historia de Venezuela*<sup>12</sup>. La lectura de su primera página no deja lugar a dudas sobre esa gama de tópicos irreverentes ancestrales: “Hay un pueblo cuya historia remonta a la noche de los tiempos, cuyos hábitos, tradiciones y lenguaje no se han perdido al través de los cataclismos humanos, cuya nacionalidad, como un fuero de los antiguos privilegios, se ha conservado en el transcurso de los siglos, después de luchas sangrientas y de episodios sublimes que los anales del mundo registran, como

---

<sup>8</sup> ZEA, L. *EL positivismo en México. Nacimiento, apogeo y decadencia*. México: Fondo de Cultura Económica, 1968. SOLER, R. *El positivismo argentino*. Buenos Aires, 1968.

<sup>9</sup> Éste último diría sobre Villavicencio que “con el inolvidable Ernst, fue el mentor de una generación que honrará siempre la Patria. Rompió con los viejos moldes románticos y espiritualistas; y a tiempo que el ilustre alemán predicaba desde la cátedra de Ciencias Naturales las doctrinas de Darwin, Villavicencio hacía conocer la filosofía positiva de Comte y de sus discípulos, explicaba las teorías de la evolución, vulgarizaba las doctrinas de Herbert Spencer (...) y la interdependencia de las ciencias modernas, estableciendo las íntimas relaciones que existían entre su cátedra de filosofía y de historia y la del Doctor Ernst”. FERNÁNDEZ HERES, R. *Rafael Villavicencio. Más allá del positivismo*. Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1989, p.9.

<sup>10</sup> WRIGHT, W.R. *Café con leche. Race, Class and National Image in Venezuela*. Austin: Texas University, 1993.

<sup>11</sup> ROJAS, A. *Estudios históricos. Orígenes venezolanos*. Caracas: Ayuntamiento de Caracas, 1972.

<sup>12</sup> Editado en *Capítulos de Historia colonial de Venezuela*. Madrid: Ed. América, 1919.

los puros blasones de la raza primitiva que pobló en remotas épocas el suelo ibero. Ese pueblo es el vasco”<sup>13</sup>. A que nos conduce esta diatriba, al “pueblo sin mezcla que ha resistido la acción absorbente del tiempo”, que es “tan antiguo como el mundo”, que obstaculizó las cadenas de Roma, que “está solo, incrustado en el suelo de España, e independiente y libre, porque antes de español el vasco es vasco”. Cuando todo se evapora, ellos permanecen, “nosotros no datamos”. Es “la nacionalidad triunfante (...), cómo podríamos multiplicar los ejemplos de heroísmo patrio y de abnegación sublime de este pueblo sin rival para quien su independencia su talismán y su gloria”<sup>14</sup>.

Los vascos están solos, pero siempre vencen en todo tiempo y lugar, “tienen por escudo la gloria de sus progenitores, por divisa su nacionalidad y por retirada sus montañas”. Pertenecen “a todas las glorias y a todos los lugares”. En América están presentes por todas partes, “donde se immortalizan con los hechos”. Pero su contribución se dirige especialmente a “una sección del continente donde a las aventuras dramáticas se hermanan las ideas civilizadoras; donde numerosas familias de origen vasco se conservan como herederas de grandes virtudes cívicas y privadas y donde la más pura gloria irradia sobre España de una manera admirable. Nos referimos a Venezuela”. Son los españoles puros, sin mezcla, con todos sus valores consustanciales. A esa raza indómita y pura se le deben todos los valores positivos. Al proporcionar “la virtud austera en el corazón de nuestros hogares, el elemento vasco como heredero de los grandes hechos, contribuyendo a la emancipación de Venezuela, a la celebridad de sus hombres, a la independencia y sostén de la Patria y a la gloria inmortal del primero y más grande de sus hijos”<sup>15</sup>. Eran mercaderes, pero no burgueses cualquiera. Tales privilegios mercantiles les daban “un carácter de respetabilidad hasta entonces desconocido en los países de América”. Eran “la primera aristocracia mercantil fundada en el Nuevo Mundo”<sup>16</sup>. La oposición sólo podría proceder de “partidas de hombres ignorantes y corrompidos”. Al ser eliminados en el Yaracuy por el Gobierno vino la paz. El progreso procedía de criterios raciales. Todo se debía a las virtudes ancestrales de esa raza legendaria que liberó a Venezuela de la barbarie.<sup>17</sup>. No importa que le falle la cronología en el proceso de implantación de cultivos y la ocupación de territorios, da lo mismo, no hay argumentos ni análisis, lo único trascendental es el determinismo étnico de una raza aristocrática, sin mezcla<sup>18</sup>.

<sup>13</sup> Brillante corolario de caracteres puros que le dan un matiz excepcional: “Indómito, guerrero, generoso, altivo, con sus tradiciones seculares, con sus costumbres austeras, con la sangre de sus hijos en las rocas de sus montañas, él representa en todos los tiempos de la historia, a la luz o a la sombra, la nacionalidad por excelencia, la independencia sin trabas, el espíritu de la libertad civil y de la voluntad popular”.

<sup>14</sup> *Op. Cit.* pp.9-13.

<sup>15</sup> ROJAS, A. *Op. Cit.* pp. 15-16.

<sup>16</sup> *Op. Cit.* pp.35-39.

<sup>17</sup> El loor merece recogerse: “Al hacha de los vascos quedaron derribados los árboles seculares, testigos de la conquista y aparecen las sementeras en relieve a impulso del arado generoso (...). Por dondequiera, el aire de vida y el trabajo, que es el alma de los campos, invita a la faena, y los pueblos, saliendo de la apatía, se visten con los colores de Flora. De uno a otro extremo de la colonia, familias vascas, al frente de cada factoría, obedecen al impulso dado y la tierra selvática desaparece en grandes proporciones para transformarse en ricas y pingües arboledas, donde prosperan los frutos de la zona tórrida”. Prosigue el relato narrando líricamente la multitud de cultivos y ventajas que la labor de los vascos hizo germinar en Venezuela para decir que no sólo ostentó esté su pujanza en el cultivo de la tierra y en el incremento del rebaño, sino en la construcción de nuevos pueblos por toda su geografía, hasta las orillas del Portuguesa y el Apure, que pasaron de “regiones selváticas en centros de movimiento y lucro” *Op. Cit.* pp. 40-42.

<sup>18</sup> Tras la Guipuzcoana “la labor civilizadora” de “esa colonia de vascos que había erigido en la agricultura el trabajo sistematizado, el hogar con todas sus virtudes en armonía con los intereses sociales bien entendidos” continúa, pero ahora con individuos. Expanden la agricultura por doquier. Todo se le debe: el añil, el algodón, la caña de azúcar... Su labor dejó a sus hijos “por herencia provechosa las virtudes del hogar y el amor al trabajo y a la patria”.

Aportaron a Venezuela la familia y la patria. Por ello los linajes que descienden de ellos guardan como reliquia “las costumbres austeras de los tiempos pasados, la tenacidad en el cumplimiento del deber, la honradez en el trato y hasta rigidez en sus opiniones”. La guerra de independencia desde esa perspectiva es su continuidad. A pesar de la acción del tiempo sólo lo vasco ha logrado conservarse, nadie desempeñó en la historia de la colonia “un papel tan fecundo en beneficios como útil en sus tendencias”<sup>19</sup>. Su culminación es Bolívar, corolario de todo lo sublime de esa herencia, al que dedica 36 páginas.

### 3. Gil Fortoul y El Hombre y la Historia

El determinismo étnico llega a su punto culminante en el discurso positivista en otro discípulo de Ernst y Villavicencio, José Gil Fortoul. En *El Hombre y la historia* (1896) afirmó que era “forzoso admitir en unas razas aptitudes privilegiadas para la civilización y capacidad menor en otras. En cada una de ellas su alma es la síntesis de su historia y la herencia de todos sus antepasados. Los indios eran para él una sola raza. Los blancos nacidos en Europa eran en su mayoría catalanes y vascos. Los valles de Caracas y Aragua fueron colonizados por éstos últimos”<sup>20</sup>. Los indios y los negros llevaron “vida de parias o de esclavos”, por lo que “la lucha por la supremacía social y política se circunscribió entre los blancos europeos y los criollos americanos”. Los primeros “no forman en realidad parte esencial de la nación” y están también condenados a desaparecer. De los blancos en el interior, “donde han degenerado” quedan poquísimas familias. La inmensa mayoría de la población se componía de mestizos, que no constituyen ninguna raza de las anteriores, “nuestro espíritu es un resultante étnica y social”. Ese mestizo ha heredado del indio su amor a la independencia “y el odio hereditario a los privilegios de casta”. Del negro la energía para la adaptación rápida a una naturaleza bravía y el tono melancólico y nostálgico de la poesía. Del español “la poca capacidad para la industria, el débil espíritu de iniciativa (...) la honestidad de las relaciones de familia, y con el amor refinado de las bellas letras, también, por desgracia, el instinto indomable de la guerra”<sup>21</sup>.

Para Gil Fortoul el espíritu de destrucción de los conquistadores y el reemplazo de una raza en vía de civilización como los indios por otra de esclavos, “incapaz de toda iniciativa individual y de todo esfuerzo colectivo”, se tradujeron en que durante la colonia “la influencia del hombre sobre el medio fuera casi nula”. En esa raza mestiza resultante su desarrollo depende del medio. Las llanuras sólo son habitables para el llanero. Éste debe su carácter más que “a las razas madres, a las condiciones de la naturaleza que le rodea”. En esas tierras “las condiciones del medio físico siguen determinando el carácter y las costumbres del hombre, pero no en los centros más poblados “puestos ya en contacto con la civilización de otra tierra”. Sin embargo el historiador cree en la capacidad de adaptación progresiva de los hombres al medio. Para él en ella y en su

<sup>19</sup> *Op. cit.* pp.46-48.

<sup>20</sup> Es curioso como, sin ninguna base documental, se ha construido una historia arquetípica de la colonización española reiterada como tal por la historiografía venezolana posterior. Cualquier estudio demográfico solvente muestra que los vascos eran sólo una minoría frente a la superioridad numérica de los canarios. Los catalanes eran inexistentes en la región central y sólo aparecen algunos mercaderes en la oriental en la segunda mitad del siglo XVIII a partir de la creación en la zona de la Compañía de Barcelona. Baste sólo leer ITURRIZA GUILLÉN, C. *Matrimonios y velaciones de los españoles y criollos blancos de la Catedral de Caracas desde 1615 hasta 1831*. Caracas, 1974. GIL FORTOUL, J. *El hombre y la historia (ensayo de sociología venezolana)*. 2ª ed. Madrid: Ed. América, 1918, pp. 29, 35, 36 y 40.

<sup>21</sup> GIL FORTOUL, J. *Op. cit.*, pp. 43-49..

modificación por el hombre se encuentran “las condiciones esenciales de la vida y del progreso”. Ese fenómeno explica como el mestizo, “aclimatado desde hace siglos, puede vivir y prosperar en la parte inferior de la zona templada y aún la cálida”<sup>22</sup>. Ese eclecticismo de pueblo nuevo es el que permite aceptar, sin fijarse en su origen todas las innovaciones, por lo que “es fácil prever que muy pronto nuestro carácter nacional tendrá poca semejanza con el carácter español y se mostrará tal vez superior a éste en el amor al progreso”. Claro está que esa renovación la vislumbra en la migración de europeos que mejorarían “positivamente” esa ambivalente raza mestiza<sup>23</sup>.

#### 4. Rivas y sus ensayos históricos

El caraqueño Ángel César Rivas fue un continuador de la línea ideológica emprendida por Gil Fortoul. En sus *Ensayos de Historia política y diplomática* afirma que el estudio de la raza “nos suministrará siempre un conjunto de caracteres intelectuales fijos, inmutables, que parecen salir de la tierra que le sirve de albergue y que son como las mil trompetas invisibles con que la voz de los antepasados recuerda a los postreros la continuidad del lazo que los mantiene unidos”. La sangre es guía de sus acciones y sus caracteres emigran con el rebaño humano. Aunque puedan por momentos parecer débiles renacen luego con mayor energía y vigor. Los caracteres raciales se mantienen firmes en un nuevo medio. Los españoles por “su superioridad física e intelectual sobre las razas conquistadas” y su endogamia preservaron por la herencia íntegro “el patrimonio moral de la Península”. Esa alma, transmitida a sus descendientes e infundida a los grupos sociales inferiores, se extendió por todo el territorio del país<sup>24</sup>.

La diferencia entre razas superiores e inferiores estribaría en su capacidad real para realizar grandes obras sociales o políticas. Ésta “deriva antes del carácter que de la inteligencia”. Estos atributos étnicos sólo recaían en los españoles, pues “ni de los aborígenes y mucho menos de los africanos importados habían heredado los creadores de la nacionalidad venezolana la sustancia psicológica”. Los españoles eran portadores de “tradiciones de libertad y gobierno en nada inferiores a las de cualquier otro país de Europa”. A diferencia de Gil Fortoul, ve en la conquista males menores a las anglosajona y holandesa. La propaganda había hecho a los iberoamericanos “renegar de nuestro origen”. La brutalidad y la codicia existieron, pero sus crímenes “son inferiores a los realizados por los demás conquistadores europeos”. De su labor civilizadora se beneficiaron “los habitantes primitivos de las tierras descubiertas, equiparados desde luego a los primeros y mirados con diligente predilección por la metrópoli”<sup>25</sup>.

Los conquistadores son para él el elemento predominante en la colonia. Siguiendo a Lapouge, manifiesta que en el nacimiento de un pueblo es obligada la presencia de elementos étnicos superiores, capaces de dirigir y arrastrar las masas”. En ellos recaía esa superioridad racial, reforzada por el aporte vasco-navarro que con la Guipuzcoana hicieron prevalecer el elemento septentrional<sup>26</sup>. Constituyeron la clase dirigente, junto con los catalanes que “formaban el

<sup>22</sup> *Op.cit.* pp. 66 y 74-75.

<sup>23</sup> *Op.cit.* pp. 47-50. Resulta paradójico como ese mismo autor que a la par afirma que los vascos y catalanes son los mayoritarios en la raza española y que fue el impulso de los primeros el que trajo el progreso de Venezuela en la colonia, sin embargo define al español como conjunto como raza indolente, otro arquetipo de esa construcción genuinamente racista del discurso étnico de la colonia.

<sup>24</sup> RIVAS, A.C. *Ensayos de historia política y diplomática*. Madrid: Ed. América, s.f. pp.11-13.

<sup>25</sup> *Op. cit.* pp. 15-24.

<sup>26</sup> “Mezclados a los descendientes de los antiguos colonos, casi todos los hijos de estos vascos y navarros cultivaron la tierra, fomentaron las industrias y, llegado el momento, contribuyeron a asegurar la independencia”.

mayor y más rico cuerpo de comerciantes, debido a su espíritu emprendedor y a la estrecha unión que mantenían entre sí”. Frente a ellos los esclavos, al igual que los indios “mostrábanse ajenos a cualquier cambio de régimen, a toda aspiración política o social”. Seguirían en adelante el impulso de los individuos a los que habían prestado obediencia “o inconscientemente ejecutarían planes cuyos móviles no les sería dable comprender”. Creyente en la supremacía de los caracteres de la raza, hace suyo el pensamiento de Le Bon. Afirma que en los genes genuinamente españoles de la clase dirigente, “patrimonio moral hereditariamente transmitido al través de los siglos” le llevaron a protagonizar la emancipación. Es en esos “caracteres fundamentales irreductibles” donde se aprecia la continuidad de la raza. De ella heredaron la fortaleza y “la urdimbre social de la Nación”. Resulta curioso en esos tópicos raciales el papel de los canarios, de los que significativamente era descendiente, que parecen apartarse de ese estereotipo y situarse dentro del de “las razas marginales”<sup>27</sup>.

## 5. Los estudios de sociología venezolana de Arcaya

Para el coriano Pedro M. Arcaya los instintos del pueblo venezolano fueron “heredados de las razas incultas primitivas, la negra y la india, a cuyo nivel, por fenómeno de regresión, descendió, en este orden de su mentalidad, la raza conquistadora”. Tales inclinaciones inconscientes son las que explican “su afán de obedecer sin límites y a mandar sin medida” o les convierte en espíritus belicosos. Esas tres razas son para él los factores étnicos de la identidad venezolana. Su fusión estaba “casi lograda ya desde fines de la época colonial”. De tales componentes para él el más importante es el indígena. Contradice en ese punto a Gil Fortoul, ya que afirma que se conservan restos de tribus guerreras de cualidades superiores, como los caquetios de su tierra natal, aunque se extinguiesen las de Caracas o Aragua. Describe las áreas de Venezuela en que se encuentran y su influencia en el mestizaje, lo que le lleva a sostener que constituye el mayor aporte de la mixta, si bien constata que se halla mezclada con la blanca y la negra. Éstas dos últimas, aunque de menor aporte número, tienen importancia sociológica similar “por la mayor vitalidad y resistencia de los negros y por la gran superioridad, en la escala de la civilización, de los blancos, que transmitieron a la nueva raza mixta su lengua, su religión y muchos de sus hábitos”<sup>28</sup>.

Soporte intelectual como Vallenilla de la Dictadura gomecista, articula su discurso sobre esa preponderancia para justificar por su primitivismo la imposibilidad de un gobierno democrático. Los indígenas actuaban como bandas, sin organización política con sólo capitanes de guerra. Para él eran completamente desconocidos en nuestra población precolombina “los planes democráticos de los Pieles Rojas norteamericanos”. En los negros, sus gobiernos de reyezuelos eran terriblemente opresivos y tiránicos. La región intertropical de África, parrafeando a Letourneau era “una zona servil”, por esa pesadísima dominación. De ahí que esa descripción le permite concluir que en esos dos elementos étnicos “fue siempre absoluto el poder de sus gobernantes, sin freno moral ni político de ninguna especie”. Eran pueblos acostumbrados a “obediencia al amo en todo y por todo”. La permanencia por siglos de tales formas de gobierno, en las que los oprimidos de

---

<sup>27</sup> Sostiene que “el isleño fue siempre en Venezuela fomentador de revueltas y de discordias: su escasa instrucción, su moralidad simple y por lo mismo agresiva, tan apropiada al odio como a la venganza, sus estrechas miras en punto a gobierno y política podrían explicarnos su fatal intervención en el movimiento de Independencia. Fueron ellos, a no dudarlo, los principales causantes de la guerra a muerte”. *Op. cit.*, pp. 47, 66, 74-75, 110, 113, 117, 156-158 y 275.

<sup>28</sup> ARCAYA, P.M. *Estudios de sociología venezolana*. Madrid: Ed. América, s.f., pp. 9-13.

hoy eran muchas veces los señores del día siguiente estaban incrustadas en su inconsciente colectivo y en sus mismos genes: “Sus centros nerviosos están admirablemente organizados para guardar impresiones que a fuerza de renovarse crean sentimientos instintivos”<sup>29</sup>.

En la blanca española la idea del poder absoluto del rey se contrabalanceaba con la noción de justicia. Imperaba por ella la ley. Pero “estos hábitos de legalidad” los perdieron rápidamente en el Nuevo Mundo. El fondo de salvajismo puede quedar al descubierto si se destruye “la capa superpuesta de los sentimientos superiores”. La dominación de las razas “inferiores” en lejanas colonial, con su contacto, explica por la debilidad de éstas el “despertamiento en el hombre civilizado de los instintos del hombre prehistórico”. Durante la conquista “la regresión fue espantosa”, por lo que “en resumen la raza conquistadora tendió a bajar al nivel moral e intelectual de la indígena”. Sin el valladar de instituciones antiguas, los primeros tiempos del dominio colonial fueron los de “la disgregación de la opresión, la anarquía y el desorden”<sup>30</sup>.

Para Arcaya, la casta dominante no era una aristocracia política, ni un grupo exclusivo. Eran de raza española pura por casarse con inmigrantes de ese origen. No eran los descendientes de los conquistadores. En Venezuela la oligarquía era municipal con especiales privilegios corporativos en el manejo de los intereses municipales. No había nobleza. Pero el clima era también determinante. El trópico “produjo sus efectos psicológicos y fisiológicos enervantes”, a pesar de ser los españoles y los portugueses los pueblos más resistentes: “la abulia, con sus naturales consecuencias de abandono”. En ellos con la independencia, salvo en “un genio tan extraordinario como Bolívar”, revivieron “por fenómeno atávico, las dormidas tendencias de los conquistadores del siglo XVI”. Al ser el fondo psíquico el mismo prevaleció “la necesidad de sensaciones violentas, el placer de las batallas, la satisfacción de innatos anhelos de gloria y poderío”. Por su parte en las clases populares fue necesario remover por la guerra ese fondo para que “despiertos los instintos de la raza, volviesen los ojos las masas al *jefe, al caudillo*, al representante del cacique precolombino”. Al ser los primeros realistas, ello explica que los apoyasen. Sólo cuando los hubo en el insurreccional es cuando se decidieron por la independencia “no por afecto a esa idea, sino por amor a los jefes que la proclamaban”<sup>31</sup>.

Los prejuicios raciales son el arquetipo sobre el que cimienta la psiquis de las etnias. En el indígena la apatía y la sumisión eran “efecto, sin duda, de una debilidad congénita y, por consiguiente, hereditaria de la voluntad, resultante del medio ambiente físico que, obrando sobre centenares y quizá miles de generaciones, produjo tal consecuencia”. Pero el personalismo y las guerras civiles derivan de las negra y blanca. Los primeros aportaron su energía física, su facilidad de exaltarse y “sus tendencias semimísticas de su espíritu, predispuestos a considerar como “causas santas”, merecedoras de todos los sacrificios, a las de los bandos”. De la española heredaron “la facultad de la imaginación transformadora de las realidades concretas en visiones fantasmagóricas”, que transformaron a los guerreros en “héroes magnos y la voluntad de las multitudes se rindió a la suya”. Concluye que el orden en ese mundo mestizo sólo era factible con “la sumisión del magistrado querido de las multitudes a las prescripciones de bien meditadas leyes”, única garantía de la estabilidad social<sup>32</sup>.

---

<sup>29</sup> *Op. cit.*, pp.16-24.

<sup>30</sup> *Op. cit.*, pp.25-29.

<sup>31</sup> *Op. cit.*, pp.43, 60-64.

<sup>32</sup> *Op. cit.*, pp.168-172.



## 6. Los estudios etnológicos de Salas

El andino Julio Cesar Salas, sociólogo, etnólogo, lingüista e historiador, publica en 1908 su *Etnología e Historia de Tierra Firme* y en 1916 su *Civilización y Barbarie*. En ellos estudia la proyección histórica aborigen y crítica duramente a las autoridades coloniales españolas<sup>33</sup>. A diferencia de otros positivistas considera el medio físico “como importante como modificador de costumbres”. Sin embargo da un valor prevalente a los hábitos tradicionales de origen bárbaro o civilizado, ya que para él “el orden moral como en el físico el hombre reproduce siempre la fisonomía de sus mayores”. De ahí que el estudio de “los ancestrales de una raza es de imprescindible necesidad para estudiar con fruto la etnología actual de la misma”<sup>34</sup>. Partidario de la unidad de la raza americana, entiende que su primitivo sustrato fue modificado con el contacto con los blancos. A la vez influyó notablemente sobre ellos en el híbrido criollo, que “participa en igual grado de las cualidades y defectos de sus componentes”. Esa mezcla sólo fue perfecta entre los 30° latitud Norte y 40 Sur. Los españoles no eran, por el contrario, una raza homogénea por ser el suelo peninsular “campo abierto durante más de diez siglos para complejas hibridaciones”. Esa amalgama “constituye el vigoroso sello de la vigorosa raza hispana”. Su falta de pureza era la “más apropiada para unirse con los aborígenes del Nuevo Mundo”<sup>35</sup>. La raza criolla “sólo posee el tipo físico de los españoles” por ser, junto al indio, “el elemento primordial de la amalgama”. Los vascos influyeron en la región central, los castellanos y andaluces en la oriental y los extremeños, guipuzcoanas y castellanos en la occidental. Sigue una vez más la reiteración de tópicos sin base empírica. Los conquistadores “atemperaron su espíritu guerrero y de independencia individual” para adoptar las de “los romanos de la decadencia”. Dos costumbres los caracterizaron: “el espíritu militar e impulsivo y el fanatismo e intolerancia religiosa, tendencias atávicas de los españoles”<sup>36</sup>.

Con visibles errores documentales, al atribuir la entrada de los esclavos en Venezuela a la Guipuzcoana, cuando hoy sabemos que fue más bien un freno a la trata, entiende que la raza africana fue en ella un factor importante al mezclarse con indios y blancos. Esa población mixta, los pardos, convivió con la blanca, aunque odiándose “cordialmente”. Se distinguían por “su energía, laboriosidad y quizá por su belleza”. Llevaron su separación hasta en el mismo culto católico. Esa hostilidad de los blancos hacia los pardos se mostró en la oposición a sus matrimonios. Blancos criollos y europeos desestimaban el trabajo material y la agricultura, por lo que no salía de sus métodos rutinarios al practicarse por pardos, “nada mejor habían visto”. Al iniciarse el siglo XIX esa convivencia “era un todo sin cohesión social” en el que la dominación colonial “impedía la difusión de conocimientos científicos para que no se revelase la enfermedad política”. Blancos, negros, indios y mestizos, “cada raza por sí se insurreccionaron durante la colonia contra la autoridad opresora de unos y otros”. Para él la conquista y la colonización fueron injustas y opresivas para los blancos y “más intolerables”, para “las clases oprimidas, o sea para los negros e indios”. La esencia de “la raza venezolana” los halla en las clases medias y bajas. En ellas, junto con “las

<sup>33</sup> STROZZI, S. *Julio C. Salas: biografía y política en el positivismo venezolano*. Caracas: Universidad Santa María, 1986.

<sup>34</sup> SALAS, J.C. *Etnología e Historia de Tierra Firme*. Madrid: Ed. América s.f., p.8.

<sup>35</sup> De ahí el carácter diverso de su herencia según las regiones, pues ésta era una ley inapelable por no perecer “a través de los tiempos los rasgos físicos”. Los hábitos comerciales e industriales de los andaluces proceden de “sus ascendientes cartagineses”, los de “gobierno propio y altivez de los vascongados modernos” nos transportan al Norte de Europa, los andaluces al Oriente y los extremeños a los “dominadores del mundo antiguo y de la colonia militar en territorio ibero”. *Op. cit.*, pp.302-305.

<sup>36</sup> *Op. cit.*, pp.316-326.

influencias atávicas”, se revelan las modalidades que durante siglos reflejaron sobre estos individuos “las condiciones físicas”. Por ello deben conservarse “los bellos rasgos de nuestra fisonomía nacional, constituidas por viejas y nuevas costumbres, siempre que sean selectas y estén en armonía con los ideales de la raza y con la religión e idioma del conquistador español”<sup>37</sup>, en definitiva la genética atávica de esa fusión de razas con el antemural de la hibridez de la blanca española.

## 7. Vallenilla Lanz y el positivismo gomecista

El apogeo de la historiografía positivista sería Laureano Vallenilla Lanz, el vocero más significado del dictador Juan Vicente Gómez. Se orienta hacia planteamientos bien diferentes a los de Gil Fortoul. Para él las convulsiones venezolanas no son más que “la manifestación, principalmente, del gran desequilibrio producido por la heterogeneidad de razas”, cuyo problema no se pudo resolver sino por los medios violentos. En esa diversidad jugó un papel crucial la indígena, que absorbió las razas blanca y negra, y prevaleció “en la psicología de nuestro pueblo, con sus instintos disgregativos y con el indomable valor”. Para él es en la tribu donde se encuentran “las tendencias de disgregación y de antagonismo que han constituido uno de los motores de nuestra evolución histórica”. En ella radica la inclinación a la subordinación a un caudillo, al caciquismo, al localismo<sup>38</sup>. De ahí que la autocracia predominase en “las regiones donde las razas indígenas prevalecieron en el mestizaje y el elemento africano entró en menor cantidad en el cruzamiento”. De los negros, influyentes en las zonas bajas, se heredó la fortaleza física que desafía al trópico, el espíritu de revuelta, “la ligereza, el capricho, la imprevisión, la volubilidad, la inteligencia a la vez viva y limitada”. Pero Venezuela no era ninguna raza, sino una sociedad, un pueblo, una nación, en su perspectiva. Lo determinante es el medio. Es un pueblo llanero, de pastores, de nómadas. La herencia psicológica de las tres razas madres “desaparece por completo ante la acción fisisicológica” impuesta por él. En él no tienen fundamento los arquetipos raciales, prevalece “el sentimiento de independencia, el desprecio profundo por las poblaciones agrícolas, sedentarias y urbanas, (...) al mismo tiempo que la tendencia a formar grupos aislados y antagonicos, que sólo llegan a unirse en determinadas circunstancias bajo la autoridad de un Jefe”.

Pese a ello en esas “hordas semibárbaras existían los gérmenes poderosos que iban a determinar los rasgos inconfundibles del *Carácter nacional*: la conciencia del valor personal, la altivez, el espíritu igualitario, la hospitalidad caballeresca, la lealtad como base de la moral política, la tendencia a las aventuras descabelladas, al mismo tiempo que *la incapacidad orgánica de constituir gobiernos estables, que es una de las características de los pueblos pastores*, y de sustentar aristocracias, oligarquías y clases privilegiadas<sup>39</sup>. Es en esos mestizos se encuentran las

<sup>37</sup> *Op. cit.*, pp.390-393 y 415.

<sup>38</sup> Explican “un lógico movimiento de retorno hacia los hábitos aborígenes impuestos por el medio, así como por la preponderancia de elementos surgidos de las masas populares por cien años de continuas revueltas”. Es a esa mezcla a la que se debe “la disociación de los caracteres antropológicos del blanco y del indio producida por la intervención de la sangre africana y determinando una población policroma, que correspondió a una disgregación social y política que durante largos años debía también dificultar la creación de los vínculos necesarios para unir a nuestros pueblos en un ideal común de nacionalidad y patria” VALLENILLA LANZ, L. *Disgregación e integración. Ensayo sobre la formación de la nacionalidad venezolana*. Caracas: 1930. pp. XXVIII, 129-131 y 136-138. No estaban capacitados para constituirse sino en comunidades aisladas y rivales “para las que la idea de patria estaba vinculada de manera exclusiva al pedazo de tierra que pisaban sus caballos”. En ellas “sus móviles inconscientes les impulsaban a apartarse de todo centro permanente y a constituirse en clanes o grupos feudales bajo el imperio de la fuerza” *Op. Cit.* pp.152, 173-175 y 190-191

<sup>39</sup> *Op. Cit.* pp.191-192.

esencias de la identidad nacional. Reivindica el carácter prevalente de los indígenas dentro de los llaneros y de los canarios dentro de “los blancos”, de los que dice “llegaron la considerársele en Venezuela como de raza inferior”, pese a que “casi toda la población blanca del centro de Venezuela tenía esa procedencia”<sup>40</sup>. Pero en todo caso el medio es el determinante. La preponderancia de la nobleza criolla, según su interpretación, no se apoyaba en la pureza de sangre, que no existía, sino “en fundamentos históricos, sociales y sobre todo económicos, que dieron a aquella casta el derecho de sacudir el yugo que la mantenía en un grado de inferioridad política humillante dentro de su propia patria”. Al romper el manto protector de la jerarquización, la revolución “fue un error de psicología”, degeneró en una espantosa anarquía, “consecuencia necesaria y fatal del desequilibrio producido por el sacudimiento revolucionario en aquella sociedad afectada por una lucha latente que era el efecto de su composición heterogénea”<sup>41</sup>.

Este es, en definitiva, el pensamiento dominante durante el gomecismo. Defiende el carácter decisivo de la heterogeneidad étnica y el medio como esencias de la conciencia nacional que sólo puede ser reafirmada por el Dictador Supremo. Un discurso que considera esencial su papel y la consideración de las convulsiones bélicas desde la Independencia como guerras sociales, cuyas tendencias disgregadoras sólo pueden ser eliminadas por su acción. La raza regeneradora dio paso al determinismo.

---

<sup>40</sup> *Críticas de sinceridad y exactitud*. Caracas, 1956.

<sup>41</sup> Para Vallenilla “los bandidos no pueden someterse sino por la fuerza bruta; y del seno de aquella inmensa anarquía surgirá por primera vez la clase de los dominadores: los caudillos, los caciques, los jefes de partido” Caracas: Monte Ávila Ed., 1990. pp. 110-111 y 118-119.